


Urbanitas

· **MEDIO DEDO** ·

I

El enfermero y el auxiliar se disponían a entrar en el portal de viviendas de un edificio de tres plantas, vetusto y descuidado del casco viejo. Se podía adivinar de los que habitaban el inmueble una total despreocupación y, a su vez, una sensación de que se sentían protegidos por el aspecto ahuyentador que mostraba; de hecho, eran capaces de mantener el portal abierto a cualquiera que se atreviera a traspasarlo.

Después de haber aparcado la ambulancia de mala manera, obstruyendo por completo una de las aceras de la estrecha calle, subieron la escalera para acceder a la tercera planta. De allí les apremiaba una aviso que habían recibido hacia diez minutos. Llegaron al rellano que distribuía el acceso a dos apartamentos y encontraron uno de ellos con la puerta entreabierta. Se miraron con expresión de interrogación y sorpresa y en una fracción de segundo la dejaron de lado para entrar en el piso sin llamar. Las estancias oscuras y poco acogedoras que encontraban a su paso invitaban a desistir. Pero debían de seguir con su misión. Avanzaron por el angosto y largo pasillo para llegar a lo que parecía ser la estancia principal, un salón que albergaba un ambiente algo más iluminado. Tendido en el suelo yacía un hombre del cual se desprendía un reguero considerable de sangre fresca. Enseguida se dieron cuenta que fluía de una de sus manos. Se acercaron y estupefactos pudieron contemplar como a la mano izquierda le faltaba un dedo, el



meñique. La mutilación era limpia, de corte certero. Habría sido practicado con alguna herramienta de filo muy agudo. Presentaba una amputación precisa, entre la segunda y tercera falange, sin rebabas carnosas ni hueso astillado.

- Pero, ¿y el dedo, donde está? – Preguntó el auxiliar.
- No lo sé, no lo veo. Corre, deprisa, por el momento hay que atajar la hemorragia, este hombre ya ha perdido mucha sangre. Aplica un torniquete a esa mano, rápido, yo buscaré el jodido dedo.

Mientras el auxiliar se aprestaba para socorrer al hombre, el enfermero localizó la porción de dedo seccionado debajo de la mesilla de centro. Lo recogió y lo introdujo con un apósito en una caja esterilizada. Le invadió un fugaz amago nauseabundo al realizar la acción. Como profesional curtido en ver cosas desagradables no se lo podía permitir y por tanto lo achacó a que se había levantado un poco raro, seguramente debido a la revolución hormonal de la primavera.

Continuará...

· SALA 716 ·

Aunque la penumbra reina en la habitación, me cuesta bastante entreabrir los ojos para adivinar que se trata de una estancia de paredes blancas, sin mobiliario ni objetos superfluos que inviten a la comodidad. Al lado de mi camilla descubro la forma de otra idéntica con un individuo en postura tendida igual a la mía. El tipo está inmóvil y parece que ni siquiera respira. Me pregunto que hago aquí, como y por qué he llegado hasta aquí. Por un pequeño ventanal, casi pegado al techo, entra un poco de luz que parece artificial, pero no tengo más pistas para saber que día es ni la hora.

Mi compañero sigue sin moverse. Yo creo que soy capaz de hacerlo, pero no lo hago. Únicamente parpadeo lentamente y muevo el tórax respirando con suavidad. En realidad me aterra la idea de despertar al vecino y que empiece a dar respuestas que no me gustaría escuchar, respuestas que puedo imaginar y quiero desechar al mismo tiempo.

Sigo en la misma postura y caigo en la cuenta de haber estado masticando una pesadilla repetitiva y machacona durante lo que puede haber sido la última noche. Poco a poco recuerdo el repaso de una especie de plan en el cual, de forma metódica, preparaba concienzudamente mi camilla para estar lo mas cómodo posible, la próxima vez que hubiera de usarla.


Acostumbrándose a la oscuridad, mis pupilas se han dilatado lo suficiente y ahora pueden captar con más definición lo que me rodea.

Mi cuerpo no responde a ordenes de movimiento pero consigo cambiar el ángulo de los globos aculares lo suficiente para dirigir la vista y enfocar hacia el otro cuerpo. Lo que observo se me antoja imposible del todo.

Continuará...

· JUSTICIA SIN VENGANZA ·

El tren de cercanías entró en la estación con quince minutos de retraso. Alex esperaba en el andén que una de las puertas del convoy se detuviera justo enfrente suyo. Pensaba que excusas daría en el trabajo por llegar tarde, su jefe no era precisamente una persona muy comprensiva y no encajaba pretextos con facilidad. Se abrió la puerta y subió al tren buscando un asiento libre. Pudo acomodarse en un compartimento de cuatro ya ocupado por tres sujetos variopintos y ataviados con “*piercings*” hasta las pestañas, procedentes de los suburbios de la ciudad. En el vagón, su entretenimiento era observar las expresiones patéticas ofrecidas por las caras malhumoradas y con rastros de haber albergado unas pesadas legañas de temprana hora. Como ritual, primero observaba furtivamente a los más cercanos de asiento, luego abría el foco hasta otear prácticamente todo el vagón. Esto lo podía llevar a cabo gracias a la estrategia previa de haberse situado en un extremo, para no tener que delatarse girando la cabeza hacia atrás. Su plan de análisis era concienzudo y no dejaba detalles al azar, seguía unas pautas establecidas anotando mentalmente las posibilidades de origen, destino y estado de ánimo de cada persona estudiada. Aquel día no encontraba el objetivo adecuado, se le resistía más de lo habitual. Por fortuna, en la segunda parada subió un tipo con posibilidades. Era un hombrecillo de baja estatura y complexión robusta, de tez morena y con rasgos de alguna etnia latinoamericana. Vestía vaqueros, camisa sin mangas y llevaba recogida la cabellera en una larga cola de pelo negro. El personaje, después de asegurarse de la ausencia de personal de vigilancia, desenfundó la guitarra que llevaba al hombro y empezó a tocar. Parecía que intentaba ganarse la vida de esa forma y además tenía maneras de profesional apartado del gremio



por motivos desconocidos. Tocaba muy bien. Tenía estudiado el recorrido del tren y sabía escoger la estación que tenía la próxima a más distancia para permitirle desplegar un repertorio de canciones más extenso. Antes de la parada siguiente tuvo tiempo de tocar dos temas completos de *“Led Zeppelin”* con el tema *“Stairway to Heaven”*, y *“Entre dos aguas”* de *“Paco de Lucía”*.

Antes de que el tren se detuviera y el guitarrista realizara la ronda por el vagón para recoger los donativos que se adivinaba iba a recibir, la totalidad de viajeros estalló en una apoteósica ovación, digna de un gran concierto, de una ejecución magistral. La recaudación no pasaba de modesta, monedas de varios céntimos, de un euro en los casos más esplendidos. Cuando el indígena llegó a la altura de Alex cambió el paso rápido por uno mucho más lento. Se detuvo enfrente de él mirándole cara a cara, cosa que no había hecho con nadie más. Su expresión era la de esperar algo especial, y no se equivocaba.

¡Has estado magnífico! – comentó Alex.

Muchas gracias señor – contestó.


No recuerdo haber oído tocar la guitarra de esta forma. Me sorprende que la calidad de tu arte tenga que pasear de tren en tren.

Pues sí señor, me gano unas monedas de este modo, los tiempos son muy malos para pensar en otros desafíos.

Alex metió la mano en el bolsillo del que extrajo la cartera. Cogió un billete de quinientos y lo introdujo en el bote que el guitarrista sostenía con la mano. Con los ojos casi salidos de

[amadeu lsanta \ ...superada la voluntad de escuchar por la de hablar, ¡escribamos!](#)





la órbitas, el chamaco trastabilló fruto de la impresión o quizá por la brusca parada del tren, o por las dos cosas. Cogido justo a tiempo del brazo por Alex, antes de que diera con sus posaderas en el suelo, dijo:

- ¡Oh! señor, esto es demasiado, no puede ser, no merezco tanto reconocimiento por dos canciones – abrumado por la situación.
- Acéptalo, por favor. Tú seguramente necesitas el dinero y yo necesito que lo aceptes.

Lo cierto es que el guitarrista parecía un tipo honesto consigo mismo y no insistió más. Le agradeció una vez más su generosidad y se despidió de Alex, estrechando su mano mientras sonreía dejando ver una dentadura grandiosa y blanca. Saltó del tren sin enfundar la guitarra. Los espectadores de la escena vieron como se alejaba a toda prisa pero sin llegar a coger el galope, quizá para contar lo que le había sucedido a algún miembro de su clan; hecho un manojo de hombre, guitarra, funda y mochila, desapareció por la escalera norte del andén.

Continuará...